

cuenta página de psicología, pero no de arte. «Otoño en las Dunas», en moldes clásicos, nos ofrece una profunda experiencia, casi inefable, y, al cautivarla magistralmente, nos cautiva.—  
LUIS OYARZÚN.



<https://doi.org/10.29393/At194-19ECAT10019>

EXPLOREMOS EL CIELO, por *Alejandro Tarragó*.—Dibujos de Romera, Editorial Ercilla

El hecho merece ser señalado de manera ostensible. Nuestras editoriales, y en general las de Sudamérica, rehuían sistemáticamente la publicación de libros científicos. Aquí, en materia ajena a la literatura y a la poesía, éramos fatalmente tributarios de las naciones europeas. En general parece que debía ser así porque todo el pensamiento científico surgía de ellas, pero en nuestras tierras—y ahí parece residir el mal—no se encontraban editores dispuestos a aunar iniciativas que tendieran a crear una cultura autónoma por la difusión de las especulaciones culturales propias. La guerra, que es un terrible *fleau*, tiene en cambio la ventaja de volvernos a nosotros mismos. Nuestro aislamiento actual por el conflicto europeo tendrá por lo menos la virtud de crear de una vez para siempre el régimen de autarquía cultural que nos hacía falta.

Ha llegado a nuestra mesa de trabajo el notable libro *Exploremos el cielo* que el señor Alejandro Tarragó, joven profesor español que reside en Chile desde hace algún tiempo, ha escrito para los chilenos. El libro—es necesario decirlo—ha sido escrito en Chile y las observaciones que realizó su autor están hechas aquí también. De ello deriva una primera ventaja: la de estar descrito el hemisferio austral con toda científica minuciosidad, cosa hasta ahora inédita en los libros que nos venían de París, Londres o Berlín, en los que se olvidaba lamentablemente la existencia de nuestra bóveda celeste. El señor Tarragó—¡Gracias

le sean dadas!—nos ha restituído al gran aerópago astronómico con los debidos honores.

Nos hallamos ante un libro que, pretendiendo ser de divulgación solamente, alcanza, no obstante, una elevada categoría científica. Todo en él está trazado pensando en el lector medio que siente apetencias por conocer los mínimos elementos de la cultura actual, para el lector que gusta de asomarse a las investigaciones de los físicos modernos descubridores del mundo de los *quanta*, a los laboratorios en que se desentrañan los misterios vitamínicos o a las desconcertantes hipótesis einsteinianas de la expansión universal. El lector medio pretende identificar al primer golpe de vista las constelaciones que presiden su cielo con solo mirarlo, o siente el afán—¡noble afán espiritual!—de conocer algo de Canope, Altair o Sirio. Para satisfacer esta legítima curiosidad, el profesor señor Tarragó no se ha permitido ninguna fantasía. Sobre el cañamazo rigurosamente científica ha ido tejiendo su leyenda en lenguaje claro, comprensivo y pleno de imágenes que el dibujo estilizado de Romera hace aún más comprensible.

El hombre medio, en esta hora de acuciamiento cultural en que los nombres de Einstein, James Jeans, Sulliván y Wallon danzan sobre las páginas de la prensa diaria, puede, con este libro, alcanzar una cultura astronómica media perfectamente entroncada en bases científicas actuales. Porque este es—sobre todo lo demás—el valor del libro que comentamos. La observación está limitada—según el propio autor afirma—a los elementos visuales humanos. El escritor Eleazar Huerta apunta agudamente a este respecto en su notable prólogo: «Esta imagen del universo está deformada en la mayoría de las gentes por la creencia errónea, muy extendida, de que sólo en los observatorios, al pie de los telescopios, se puede aprender astronomía. En realidad, los observatorios son indispensables para la investigación y progreso de la ciencia, mas no para comprender y asimilar una síntesis de lo sabido».

El libro está dividido en seis interesantes capítulos que son como los ideales estamentos sobre los cuales Tarragó ha ido trazando el amplio panorama astral.

En el primero encontramos los datos primordiales para la mensura del cielo, recurriendo a una convención o artilugio muy ingenioso, plástico y de base absolutamente matemática que nos permite considerar las medidas del firmamento viéndolas de una manera intuitiva. El señor Tarragó, que imparte sus enseñanzas en uno de nuestros más prestigiosos liceos particulares, es un pedagogo moderno, enamorado de la pedagogía según hemos podido comprobar leyendo su apasionante obra. El hace tapizar la bóveda celeste con la luna; es decir, con un mosaico lunar. El astro de la noche es utilizado como un ideal metro que se encuentra propicio a nuestro afán de curiosidad célica.

Tras los sugestivos e interesantes capítulos II, III y IV nos tropezamos con el dedicado a nuestro hemisferio que tiene, como hemos advertido más adelante, un atractivo singular para los lectores y estudiosos de estas latitudes australes. Entre las fronteras de Aldebarán—la bella estrella cantada por el verbo unamunesco—y Antares, penetramos hasta el fondo lejano y ensoñador de Tauro, Orión—con las poéticas y brillantes Tres Marías clavadas en medio de la línea zodiacal—, el Can Mayor, el Navío, la Cruz del Sur, Centauro y Escorpio. Es decir, empezamos a conocer cabalmente a los gigantes que esmaltan con sus reverberaciones áureas la lechosa albura de la Vía Láctea. Nos codeamos familiarmente con las constelaciones, oímos a Galileo, nos deleitamos con Newton y examinamos la «vertiente ecuatorial» que domina la simbólica línea que sigue el derrotero Canope-Achernar-Fomalhaut. Contemplamos las incendiadas *norae* y las asombrosas Gigantes azules con sus 60.000 grados de temperatura superficial. Empezamos a vislumbrar, por fin, las posibilidades de las teorías modernas. Con el señor Tarragó aprendemos la extraordinaria riqueza estelar de nuestro hemisferio. Por él sabemos con orgullo que las primeras estrellas

del firmamento pertenecen a este casquete austral que nos cubre. Se trata de Sirio—estrella binaria cuya compañera, según el autor, se caracteriza por su tamaño menguado y por la extraordinaria condensación de la masa que la forma. ¡La materia está aquí tan apretada que un litro de ella pesa 60 toneladas! Sirio tiene un brillo absoluto 26 veces superior al de nuestro sol y es un «león luminoso de la selva sideral»—; siguen a este potente foco, Canope y Alfa del Centauro. Los tres alumbran nuestras largas noches invernales.

Después, en otro interesante capítulo, nos iniciamos en el reconocimiento de los planetas, para terminar en el sexto, en el cual se establecen las distancias y sabemos de los distintos procedimientos—desde la *triangulación* hasta las teorías de Doppler-Fizeau—que nos permiten medir las grandes longitudes extraplanetarias, extraestelares y extragalácticas, para finalizar brillantemente con una leve alusión a las grandes teorías actuales sobre la expansión del universo y la impresionante y pavorosa huída de las galaxias, que parecen apartarse recíprocamente a una velocidad del orden de 300,000 kms. por segundo!!

El talento y la cultura de Romera, nuestro colaborador literario y artístico, se han unido al autor para hacer más claro su pensamiento. Las tres láminas plegables son un modelo de concisión y muy bellas. El profesor y publicista señor Eleazar Huerta ha trazado un agudo prólogo.

Se trata, en definitiva, de un gran libro, bellamente editado, que alcanzará con toda seguridad una extensa difusión en toda América.—LUIS DURAND.